

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

EL ENTUSIASMO

Hay muchas experiencias positivas –el placer, la alegría, la serenidad–, pero una me parece especialmente deseable: el entusiasmo. La etimología nos indica su peculiar y misteriosa condición. Procede del griego *en-theós*, y significa literalmente “estar habitado por un dios”. Es sentirse movido por una energía nueva que procede de una actividad, una persona, una experiencia, en suma. Esto me recuerda que la palabra *theos*, antes de designar una realidad –*Dios*–, significaba una cualidad de

las cosas: su potencia, su hermosura, su luminosidad. Platón consideraba que el poeta, que era el que percibía esa realidad exaltada, estaba poseído de una *theia mania*, de una locura sagrada. Ahora, cuando tantas simplezas se dicen sobre religión –a favor y en contra– conviene recordar su genealogía. El concepto de *dios* apareció para designar una experiencia. La vivencia de lo numinoso, lo sagrado, lo archipoderoso, lo necesario para vivir. Y esa parece ser una experiencia universal, lo que nos enseña algo acerca de nuestra naturaleza.

Volveré al *entusiasmo*. El *Petit Robert*, tal vez el diccionario que mejor define los sentimientos, dice: “Es una alegría que impulsa a la acción”, que da ánimo. He aquí otra palabra magnífica, que procede de *ánima* (alma) pero que se usa para designar el aliento, la energía, la capacidad de emprender. El desánimo, obviamente, es todo lo

contrario: la vampirización de las propias fuerzas. El ánimo es una energía creadora. No lo es, en cambio, el desánimo. Por eso, con un excesivo rigor, el diccionario convierte al *desanimado* en *desalmado*, porque le falta la energía para hacer el bien, y acaba haciendo el mal, que, como decían los moralistas antiguos, es el reino de lo fácil, de lo vulgar. No olvidemos que definían la “grandeza de alma” como “el empeño voluntario y racional en conseguir cosas difíciles”.

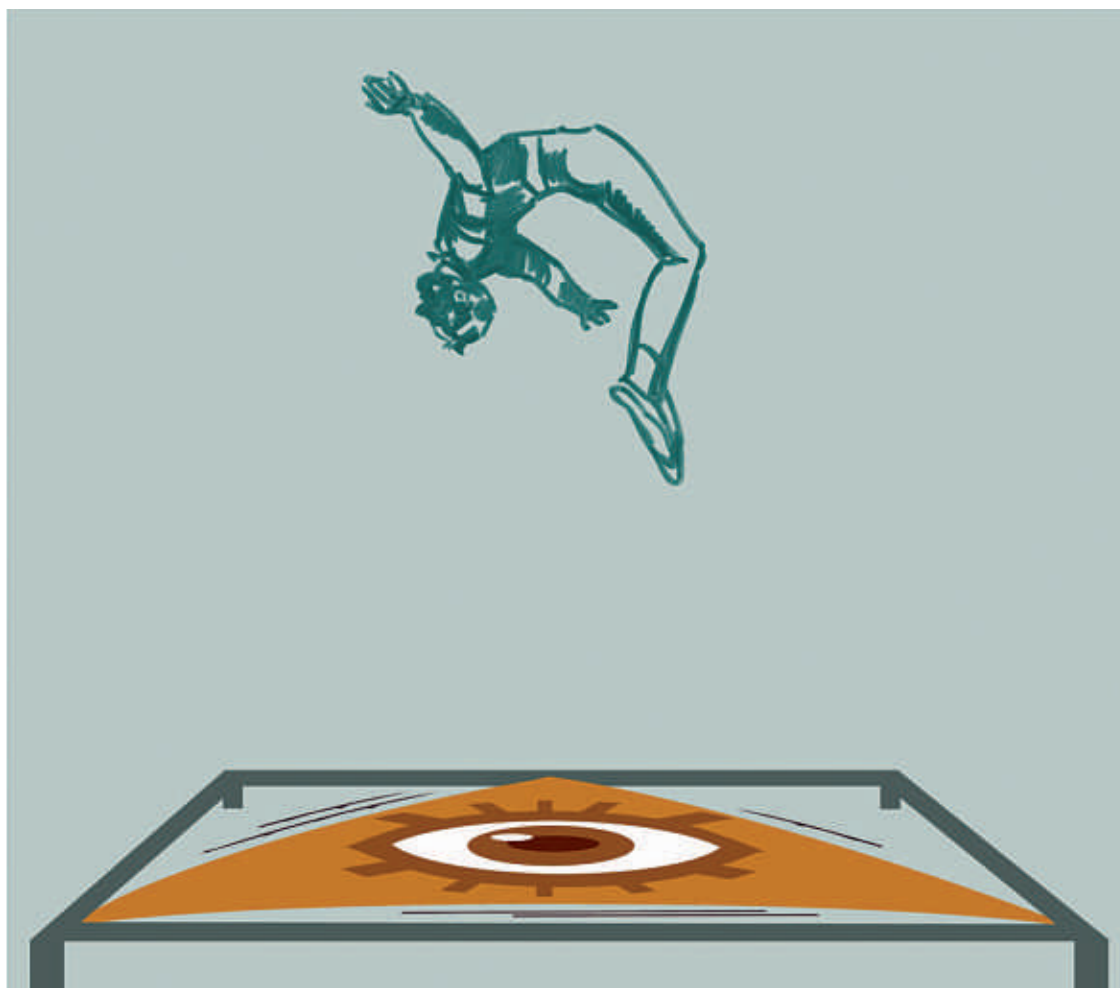
No hago estas referencias por un prurito de erudición, ni porque me entusiasme la sabiduría del lenguaje, sino porque el conocimiento del pasado, de la memoria oculta en las cosas, las costumbres y las palabras, da densidad al presente. Nuestro modo de pensar y sentir tiene una historia olvidada. Viajamos con un equipaje cuyo contenido desconocemos. La cultura es un lento trabajo de

**PLATÓN
SUGERÍA
QUE EL
POETA, QUE
PERCIBÍA ESA
REALIDAD
EXALTADA,
ESTABA
POSEÍDO DE
UNA LOCURA
SAGRADA**

enriquecimiento, de exploraciones y tanteos, de sedimentación de experiencias. Y si la perdemos –e ignorarla es perderla–, volvemos a un adanismo ingenuo pero bárbaro, a una trivialización que sólo beneficia a los ignorantes y a los timadores. Las cosas son lo que son, más su historia y más sus posibilidades aún no descubiertas.

Esta línea histórica que atraviesa todo, y que va del pasado hacia el futuro, se encarga de dar significado y sentido al presente.

¿No estaré convirtiendo este artículo en una clase de filosofía? Pues sí, lo estoy. Creo que la filosofía, que entre otras cosas es la ciencia que nos permite conocer la realidad presente, debería formar parte de la educación ciudadana básica porque nos permitiría entender mejor lo que nos pasa y por qué nos pasa. Y evitaría muchos debates enconados que surgen por convertir en dogma –político, ético o religioso– lo que tal vez sea sólo historia. ■



Raúl